

Capítulo CIII.

Nuevas victorias de las armas españolas.

Al día siguiente de llegar á Tlamanalco corrieron á incorporarse á su ejército más de cuarenta mil hombres.

Supo por ellos que los enemigos le esperaban en el campo, y decidió salir á su encuentro.

Pero antes quiso oír misa.

Participó sus deseos al venerable fray Bartolomé de Olmedo, y este, con el celo que le caracterizaba, dispuso en un momento un altar provisional, y después de poner en práctica los preceptos de la liturgia, avisó al caudillo para comenzar aquel acto que conmemora el sacrificio de Jesucristo.

Cortés y los suyos asistieron á la misa.

Muchos indios, atraídos por la curiosidad, acudieron también, y con el mayor recogimiento presenciaron aquella solemne ceremonia.

Se había colocado en el altar una imagen de la Virgen Santísima, y las miradas de todos los indios se fijaban en la Madre de Dios.

El sentimiento del arte es innato en el hombre.

Al comparar aquella efigie con sus monstruosos ídolos, no podían menos de notar la diferencia de belleza que existía entre una y otros.

Dos horas después se puso en marcha el ejército, llegando á un peñon muy elevado y áspero, en cuya cumbre estaban infinitas mujeres y niños.

Por la falda de aquel promotorio había repartidos multitud de indios.

Al divisar las mujeres desde la altura en que se encontraban á los españoles que se acercaban, hicieron grandes hogueras para avisar á los guerreros la llegada de los enemigos.

Una lluvia de piedras, palos y flechas cayó sobre el ejército de Cortés.

Hubo muchos heridos y contusos, y fué preciso retroceder algunos pasos.

Combatir con aquellas fieras era locura.

Retirarse parecía cobardía.

Por no mostrar poco ánimo, y por ver si de miedo ó hambre se entregaban, acometieron el peñon por tres partes.

El alférez Cristóbal del Corral, al frente de setenta españoles, subió por la parte más escarpada.

Juan Rodríguez de Villaverde, con cincuenta, subió también por el lado opuesto.

Francisco Verdugo, con igual número, acometió por el frente.

Todos llevaban espadas y ballestas, ó arcabuces.

A un toque de corneta corrieron á incorporarse con los primeros, Andres de Mojaráz y Martin de Hircio, cada uno con cuarenta españoles, y Cortés con los demás.

Ganaron dos vueltas del peñon, pero no pudieron proseguir avanzando.

La subida era tan áspera, que al llegar á dicho punto cayeron todos al suelo.

Hubo dos muertos y unos veinte heridos á consecuencia de las piedras que arrojaban los enemigos.

La verdad es que si hubieran sabido aprovecharse de la ventajosa posición que ocupaban, no hubiera quedado un solo español sano.

Cortés comprendió que sería funesto para sus soldados obstinarse en tomar el peñon.

Se disponia á dar órdenes para cercar á los mejicanos, cuando vió que en socorro de estos acudian huestes numerosas, lanzando gritos y alaridos en son de guerra.

Venian por una extensa llanura, y aprovechándose el candillo español de esta favorable circunstancia, arremetió con los de á caballo con tal impetu, que á lanzadas dejaron libre el campo.

Persiguieron á los fugitivos más de hora y media,

y durante este tiempo fueron muchísimos los que mataron.

Los españoles empezaban á sentir una sed devoradora, que se hacia ya insufrible con el cansancio del combate, y al ir buscando un manantial para aplacarla, descubrieron otro peñon, aunque no tan elevado como el anterior, ni defendido por tan considerable número de indios.

—Pasemos la noche en sus cercanías,—dijo á sus soldados,—y de madrugada, asaltaremos ese peñon. Es de todo punto necesario apoderarnos de él para borrar entre los indios el recuerdo de haber retrocedido algunos momentos en la anterior batalla.

De madrugada examinaron de nuevo el peñon, y vieron que les costaria poco trabajo apoderarse de él.

Pero en unas montañas inmediatas habia muchos hombres que le defendian, y Cortés decidió desembarazar estas para apoderarse más fácilmente de aquel.

Al efecto, dijo que le siguiesen todos, y comenzó á subir la sierra.

Los enemigos abandonaron las montañas y se replegaron al peñon.

Hernan Cortés se aprovechó de aquella confusion, y despues de ordenar á uno de sus capitanes que con cincuenta hombres se apoderase de la cumbre más alta, que dominaba completamente el peñon, se dirigió él á este con el grueso de su ejército, y disparando las ballestas y arcabuces que llevaban los suyos, aterrorizó á los mejicanos.

Estos soltaron las armas en tierra en señal de rendirse.

Cortés se alegró infinito del buen éxito que había alcanzado.

Les acogió con la mayor benevolencia, mandó á sus soldados que no les infiriesen el menor daño, y los puso en libertad.

Agradecidos ellos por tanta generosidad, enviaron á decir á los del otro peñon que se entregasen á los españoles, porque eran buenos.

Añadian que su resistencia era inútil, porque los extranjeros tenían alas para subir adonde querían.

Por estas razones, ó por la falta de agua que tenían, ó por retirarse seguros á sus casas, se presentaron al caudillo y le pidieron perdon por los dos españoles que habían matado durante la refriega.

Cortés les perdonó de buen grado, porque comprendió que aquella victoria que obtenía sobre ellos había de influir poderosamente en lo sucesivo á su favor.

Capítulo CIV.

Donde además de referirse sucesos interesantes, se dá cuenta de las ceremonias que tenía lugar cuando moría un cacique.

La estrella de Cortés brillaba de nuevo con todo su esplendor, y como la ambicion era en él la pasión dominante, apenas se acordaba de Marina.

La hermosa india, que tanto se había sacrificado por él, que tantos servicios le había prestado, que le amaba con delirio, que, finalmente, tan digna era de su amor, apenas ocupaba su pensamiento.

Si intentásemos justificar al corazón humano de sus extraños caprichos, diríamos que es el amor una pasión tan libre y generosa, que se niega á ser comprada hasta por el amor mismo: que todo lo concede por gracia, y nada otorga á quien demanda con los derechos importunos de acreedor.

No haremos, sin embargo, semejante apología de un instinto tan opuesto á la justicia, contentándonos con observar sencillamente que *el amado* no es por lo comun *el verdadero amante*.

El merecimiento rara vez se encuentra de parte del premiado, y hemos notado, para mengua y vergüenza de la imperfecta humanidad, que las grandes pasiones que debieran poseer una fuerza magnética que todo lo subyugase á su poder, los afectos sublimes que suelen aparecer de tarde en tarde, y que se nos figuran adecuados para hacer la felicidad y el orgullo de la persona que los inspira, pasan desconocidos ó desdenados, acaso con la triste gloria de ser citados inútilmente como modelos dignos de imitación, á aquellos corazones vulgares y dichosos á quienes fueron sacrificados.

Esto sucedía á Marina.

Engolfado su amante en los triunfos que obtenía, fijó su pensamiento en la conquista de Méjico, absorbió toda su atención este propósito, y no tenía para la pobre india ni un fagaz recuerdo.

Ni aun la situación en que se hallaba era causa suficiente para hacer latir su corazón.

Después de la batalla que hemos referido en el capítulo anterior, envió los heridos á Tezcucó y el partido para Huaxtepec.

Allí se alojó con todo su ejército en una magnífica casa, rodeada de una huerta de más de una legua de extensión, y por la que corría un cristalino río.

Los del lugar huyeron al rayar el día, y Cortés y los suyos les persiguieron hasta Xilotepec.

Allí mataron algunos de sus moradores é hicieron muchos prisioneros.

El cacique había huido al aproximarse los españoles.

Hernan Cortés estuvo esperando dos días su regreso.

Deseaba aliarse con cuantos pueblos pudiera, y le esperó con este objeto.

Convencido de que el terror le impediría presentarse ante su vista, ya que no realizaba su propósito, mandó prender fuego al pueblo.

La noticia de este suceso llegó á conocimiento de los de Tantepec, y antes de sufrir igual suerte, corrieron á prestarle obediencia.

Desde Xilotepec se trasladó á Coahunauac, lugar cercado de barrancos.

Los puentes levadizos que comunicaban con la ciudad los habían levantado los enemigos, imposibilitando de este modo que avanzase el ejército de Hernan Cortés.

Para poder penetrar en ella, tenían que andar los españoles más de legua y media, y esto era muy peligroso, porque tenían que atravesar por comarcas enemigas.

Cortés les requirió á la paz; pero no admitieron su proposición.

Antes, por el contrario, empezaron á arrojar piedras y flechas.

Uno de los tlascaltecas, sin considerar el peligro que corria, cuando más empeñados se hallaban en la lucha, atravesó el barranco sin que se apercibieran los enemigos.

Cuatro españoles le acompañaron, y los demás, siguiendo sus huellas, llegaron adonde estaban los enemigos y á cuchilladas les pusieron en precipitada fuga.

Se internaron en la sierra, y el ejército vencedor, para castigar la resistencia que les habia opuesto, incendió el lugar.

Por la tarde vino el cacique, acompañado de algunos señores principales, á ofrecer sus vidas y haciendas contra los mejicanos.

Cortés aceptó, lamentando que no hubieran dado aquel paso el dia anterior, porque así se habria evitado la efusion de sangre.

El cacique se retiró, y al poco tiempo de llegar á su morada se vió acometido de un terrible vértigo.

Las contrarias emociones de aquel dia habian debilitado su salud, y como su edad era avanzada, no pudo resistir la pena que le produjo la destruccion de sus hermanos y el incendio de una gran parte de la ciudad.

Murió aquella misma noche, y se practicaron las ceremonias de costumbre.

Nuestros lectores nos agradecerán que les demos una ligera idea de ellas.

En el momento de morir un cacique tomaban su cuerpo y le sentaban en una piedra ó tronco de árbol.

En torno de él hacian una hoguera, cuidando que la llama no tocase el cadáver, y le tenian expuesto á la accion del calor para que espeliese toda la grasa y humores.

Le sometian á esta operacion hasta que quedaba completamente enjuto y el pellejo se unia con los huesos, y en seguida le llevaban á una de las habitaciones de su casa, en donde reposaban los restos de sus ascendientes.

Le colocaban al lado del cuerpo de su padre, que á su vez ocupaba el de su abuelo.

De esta manera, al penetrar en aquella lúgubre estancia, observando el orden con que estaban colocados los cadáveres, se veia fácilmente quién era el progenitor de aquella familia y quién el último individuo de ella que habia dejado de existir (J)

Capítulo CV.

Dónde se vé los muchos peligros que tuvo que arrostrar Cortés antes de llegar á Méjico.

Desde Coahunauac continuó Cortés su camino, y pernotó á unas siete leguas, en un lugar completamente despoblado y desprovisto de agua.

Mal dia pasó el ejército por la devoradora sed que le aquejaba, y con la esperanza de aplacarla en otra poblacion se dirigieron á Xichmilco.

Esta ciudad está situada sobre la laguna Dulce.

Sus habitantes, y otra mucha gente de Méjico, alzaron los puentes, rompieron las acequias, y se dispusieron á defenderla, creyendo que por ser su número superior al de los españoles obtendrian la victoria.

Cortés ordenó su hueste, hizo apeaar los de á ca-

ballo, y se dispuso con los españoles á ganar la primera albarrada.

Las descargas que hicieron sus soldados sobre los enemigos les causó tal espanto, que desampararon la ciudad.

Los españoles atravesaron á nado el sitio que les separaba del primer puente, y los que le defendian corrieron á refugiarse en las barcas que tenian para proteger su huida.

Terrible fué el combate que se trabó durante la noche.

La victoria se decidia á favor de los españoles, cuando los mejicanos pidieron una tregua por dos ó tres horas.

Su objeto era que llegasen de Méjico refuerzos, y los esperaban pronto, porque sólo distaba cuatro leguas la ciudad imperial.

Cortés comprendió sus intenciones, y arremetiendo con la caballería á los que se ocupaban en romper la acequia, los hizo huir en completa confusion.

Corrió tras ellos al campo, y alcanzó á muchos.

El ilustre caudillo estuvo á punto de ser víctima de su arrojo.

Su caballo, fatigado por la ruda pelea de aquel dia, cayó al suelo.

Algunos indios se precipitaron entonces sobre él, y hubiera perecido, á no ser por un tlascalteca que acudió en su auxilio.

Descargando terribles golpes con su macana, dejó tendidos en el campo á dos de los que acometian

al jefe de los españoles, y puso en dispersion á los demás.

Quando llegó el resto del ejército de Cortés no hallaron enemigos que combatir.

Sólo dos españoles perecieron en aquella jornada, y esto por una temeridad.

Se separaron de la columna con la intencion de penetrar en una casa y apoderarse de lo que allí encontraran, y hallaron en la muerte el castigo de su mala accion.

Cortés dió orden de regresar á Xochmilco para que descansaran las tropas.

Para mayor seguridad, mandó componer el desperfecto de la calzada con piedras y adobes, y en tanto que reposaban sus soldados, con el infatigable celo que le distinguia, subió á una torre para observar desde allí si le amenazaba un nuevo peligro.

Al poco rato notó que por tierra llegaban considerables fuerzas, y que multitud de barcas, perfectamente tripuladas, avanzaban en ademan hostil.

Guatimozin, que habia sabido los últimos sucesos, enviaba dos mil barcas, en las que iban doce mil hombres; y las fuerzas de tierra pasarian de sesenta mil mejicanos.

Cortés repartió los españoles en la guarda y defensa del pueblo y calzada, y él salió en busca de los enemigos con la caballería y seiscientos tlascaltecas, advirtiéndoles que en destruyendo el escuadron de los mejicanos se retirasen á un cerro que se divisaba á una media legua.

Venian delante los capitanes de Méjico esgrimiendo las espadas y gritando:

—Aquí os mataremos, españoles, con vuestras propias armas.

Otros decian:

—Ya murió Motezuma, y por lo tanto no tenemos á quien temer para comeros vivos.

Otros amenazaban á los tlascaltecas, y todos se aprestaban á pelear, repitiendo las palabras.

—¡Méjico! ¡Méjico! ¡Tenuchtitlan! ¡Tenuchtitlan!

Cortés les dió una carga, y les desbarató.

Se rehicieron, y volvió á acometerlos.

Se dirigió despues al cerro, y al verle ocupado por los enemigos, ordenó que por la retaguardia subiesen los tlascaltecas.

Al caer sobre ellos huyeron hácia el lado donde se hallaba Cortés con las fuerzas de caballería, y allí perecieron más de quinientos.

No desmayaron por eso los contrarios.

Con más decision que sus compañeros, llegó otro numeroso ejército, y despues de desbaratarlo tambien, se retiraron al pueblo.

Nuevos peligros le amenazaban.

Por la calzada venian infinitos mejicanos.

Cortés les puso en fuga, muchos cayeron al agua, y al quedar otra vez dueño del campo, mandó incendiar la ciudad, reservando únicamente la parte en donde habia establecido su cuartel.

Allí permaneció tres dias, siempre en lucha con los mejicanos.

Al cuarto se dirigió á Culucan, distante unas dos leguas de allí.

Los de Xochmilco trataron de embarazar su marcha; pero él les castigó cruelmente.

Estaba Culucan despoblado, como otros muchos lugares de la laguna.

Pero pensaba por aquella parte poner sitio á Méjico, y queria conocer perfectamente el terreno.

Examinó la calzada, que ocupaba una extension de legua y media, estuvo dos dias derrocando ídolos y destruyendo templos, y despues de encontrar sitio de buenas condiciones para la seguridad de los bergantines, dió vista á Méjico con doscientos españoles y cinco de á caballo, combatió una albarrada, y aunque se la defendieron tenazmente la ganó; y despues regresó á Tezcuco, porque ya habia dado la vuelta á la laguna y visto la dispesicion de la tierra.

En Culucan tuvo algunos españoles heridos y no pocos tlascaltecas.

Al volver á Tezcuco se empeñó en varios combates con los de Culúa, en los que murieron muchos indios de una y otra parte.

Capítulo CVI.

Donde el lector asiste á los preparativos para el sitio de Méjico.

Una agradable sorpresa aguardaba al héroe de nuestra historia á su regreso á Tezcuco.

Muchos de los españoles que estaban á las órdenes de Diego de Velazquez, atraídos por la fama de sus hazañas, habian llegado á incorporarse á sus filas, y aseguraban que este era el espíritu que reinaba en todos sus compañeros.

Traian muchas armas y caballos, y Cortés les agradeció en extremo aquellos refuerzos y las simpatías que manifestaban por el triunfo de su causa.

Tambien llegaron los caciques de muchos pueblos á ofrecerle fidelidad, unos por el temor de ser destruidos, y otros por el deseo de coaligarse con él para destruir á los mejicanos, á quienes odiaban.